

CRÓNICA *de la parroquia*

OLMEDO



Cronistas de la parroquia:

Adriana Guatemal, Aldair Conlago, Ana María Colimba, Anderson Fernández, Carlos Alba, Dennise Toapanta, Edgar Escola, Elizabeth Campues, Henry Campues, Jessica Andrango, Jhoselyn Nepas, Julio Nicanor Nepas, Karina Túquerres, María Rebeca Cacuango, Maritza Nepas, Melani Cholca, Simón Guatemal.

Equipo gestor:

Juan Carlos Cabezas y Pablo Salgado.

Noviembre de 2022

RESUMEN

Esta crónica se adentra en la memoria de la comuna La Chimba, en la parroquia Olmedo —cuna de Tránsito Amaguaña, Dolores Cacuango y otros luchadores y luchadoras sociales— para construir un relato sobre el hito de la resistencia como elemento central de los moradores de la parroquia. Un periodo de tenacidad que constituye un legado social para la organización y las luchas por los derechos de las comunidades indígenas.

Palabras clave: lucha social, resistencia, Dolores Cacuango, derechos.



La resistencia: el legado de héroes y heroínas de Olmedo

Ha caído el sol en La Chimba, llega la noche de chal sombrío. Nadie podría atravesar con su mirada este manto cerradísimo y oscuro. Si alguien cruzara el empedrado que conecta el Centro Intercultural Comunitario Tránsito Amaguaña con otros espacios, recién se lo divisaría a centímetros de distancia.

El colosal Cayambe ha caído también bajo un hechizo de oscuridad. Sigue majestuoso, aunque ni su perfil sea distinguible en la distancia. La noche nos iguala: en su abrazo ciego no caben distinciones, ni clases. Dolores Cacuango, Tránsito Amaguaña, Neptalí Ulcuango, Amadeo Alba y Vinicio Quilo, líderes del pueblo Cayambi, lucharon por un mundo sin privilegios: un planeta en común.

Tras cruzar el umbral del centro intercultural —ubicado donde alguna vez fue la antigua casa de hacienda “La Chimba”—, todo se llena de luz artificial y abrigo. Esta construcción es excepcional: aquí, el hacendatario fue doblegado por la lucha indígena. En su interior distinguimos rostros, vestimentas, voces, siluetas, formas humanas y detalles que crean un fresco que refleja nuestra riqueza. Somos distintos pero iguales: así resistimos.

La resistencia ocupa un lugar en medio de todos. Hombres y mujeres, casi todos jóvenes, resisten —resistimos— a la apropiación cultural, a los cambios climáticos, al consumismo, a la delincuencia y al olvido.

Los habitantes de La Chimba se resisten (nos resistimos) a olvidar las tradiciones y el legado de sabias y sabios abuelos y abuelas. Muchos conocieron a varios de los personajes mencionados y mantienen vivas sus enseñanzas. Algunos mausoleos están tan próximos que podríamos pedirles

que nos acompañaran. La comunidad los homenajeó al colocarlos junto al centro intercultural, en el corazón de todas las actividades. Son un faro de almas que ilumina el más allá y las mentes de quienes viven en Olmedo y en todo el Ecuador.

Comunidad La Chimba



Fundación Prospecta. Vista panorámica de la comunidad La Chimba, Olmedo, Ecuador, 2022.

Su memoria es parte de las rutinas. Quienes sacan sus productos a vender en la carretera dan los buenos días a sus héroes y heroínas, quienes van a la cabecera parroquial también, igual que quienes caminan de regreso a casa por las noches: todos reviven sus luchas a cada paso.

El espíritu de los dirigentes históricos nos acompaña en esta reunión del 23 de noviembre. La lección que dejó la muerte de algunos referentes, dice Henry Campues, es no dejar las cosas para después, *“debemos tomar el rumbo de nuestro destino a tiempo, conocer sobre nuestro legado, no esperar a que nos den haciendo todo”*.

La posta la han tomado el grupo de jóvenes que trabaja para revitalizar el centro comunitario y el mausoleo de Tránsito Amaguaña, así como la tumba de Vinicio Quilo, que se encuentra a un costado. Se muestran valientes y dispuestos a lograr ese objetivo, ya sea a corto o largo plazo.

Este detalle seguro alegrará a Ana María Colimba, comunera de Yanahurco. En su lenta cadencia y en el despliegue memorioso de sus palabras, guarda un legado excepcional: las jornadas junto a Tránsito Amaguaña.

Ana María toma posesión de una de las sillas del centro intercultural y comienza un relato que revive, con su voz, a la tan querida líder. *“Me decía que yo era como su hija o su hermana, sobre todo cuando ya estaba muy viejita. Yo le lavaba las ropitas cuando su nuera Guillermina tampoco podía atenderla, entonces le sacudía sus ropitas sobre las piedras, les quitaba el sucio, el moho”*.

Ana María Colimba se cubre el rostro con su chalina mientras recuerda el carácter de su vecina y amiga. Tal como recoge la escritora cuencana Raquel Rodas en su obra “Tránsito Amaguaña, su testimonio”, Colimba da cuenta del gran sentido del humor y del temperamento dulce como el capulí que tenía Tránsito Amaguaña. *“Le gustaba bailar y tocar el rondín. Alhaja, de buen carácter. Era brava solo para hablar con la gente. Yo la acompañé a Quito llevando el avío de tostado para comer en el camino. Salíamos tempranito por el monte, nos lavábamos los pies en Guayllabamba y seguíamos caminando. En Calderón nos poníamos los zapatos. No había carros, ¿qué más podíamos hacer?”*.

Tránsito Amaguaña se dirigía a la Capital para mantener reuniones con sus compañeros del partido comunista y para denunciar el maltrato que sufrían los indígenas en las nueve

haciendas del lugar. En los años 30, ella participó, junto a Dolores Cacuangó, de una gran huelga en contra de los patrones de las haciendas de la zona en Pesillo, Muyurco y La Chimba. Solicitaban derechos laborales básicos, como el aumento de los salarios, una jornada laboral de ocho horas diarias y que fueran devueltos los “huasipungos” que les habían quitado a los indígenas por haber plegado a la protesta, entre otros aspectos básicos para una relación de trabajo digna y con sentido común.

“Ella se dedicaba a organizar la protesta, todos la apoyábamos, a pesar de que los policías la llevaran presa y los curas le decían comunista, no se detenía hasta que hubiera cumplido con su agenda”. La muy paciente Ana María se quedaba afuera de las oficinas y la consolaba cuando era el caso, después era momento del retorno.

En otras ocasiones, iban en grupo y volvían en grupo. “Nos encontrábamos con militares en la ruta, los soldados nos enseñaban las armas, también nos insultaban. Sólo seguíamos avanzando con los pies llenos de llagas. Marido ya no quería que saliera, yo le decía, entonces, para eso Dios te ha dado manos, para que hagas la comida y cuides a los animalitos y a los hijos”, luego me iba.

“Marido” es el caballero sentado a su lado en la reunión, el que sonríe con dientes imaginarios: parece un niño. Y aunque no diga ni una palabra, aprueba el relato con un movimiento de cabeza y un don de gentes que inunda el lugar. Su nombre: Simón Guatemal.

“Marido trabajaba en la hacienda, llegaba cansado, con hambre venía, ¡qué pena me daba!, solo tenía unas papitas para la merienda: no teníamos más. A veces se iba a trabajar con una agüita caliente en el estómago todo el día. Por eso nos paramos a reclamar cuando estaban los arrendatarios, inclusive, cuando vinieron los de asistencia social, también”.

“Que nos paremos duro”, decía Tránsito cuando nos llamaba y nos congregamos en la casa de Hacienda para hacer el paro. Gritábamos: “¡abajo los patrones!, ¡abajo los capataces!, ¡los indios queremos la tierra!”

La policía se ponía de lado de los dueños y los patrones amenazaban con armas, pero nosotros seguíamos firmes y no nos callábamos. *“Trabajen, indios vagos”, nos gritaban. “Ni alpargates nos daban, peor los zapatos, amanecíamos en los establos con las vacas y a las cuatro de la mañana había que ir al ordeño. Sobre el fango, en ese frío de la madrugada, nos parábamos a trabajar. De papas vivíamos y de agua caliente. Con fuerte nos pagaban y con la puteada, no teníamos ni para sopita con sal. De seis de la mañana a cuatro de la tarde trabajábamos, la vida sí que era amarga”.*

Julio Nicanor Nepas vivió también esa época. Trabajó en la hacienda y en su momento estuvo a cargo durante 15 años de la cooperativa encargada de repartir las parcelas a los más de 160 socios de la comunidad, cuando, después de una lucha de más de 30 años, asumieron la administración de las tierras. *“Luchamos de la mano de nuestros abuelos. Yo la conocí jovencita a Mamá Tránsito: nunca les tuvo miedo a los imperialistas. Ella decía que había que quitar el servicio de huasicas y la gente le seguía”.*

Ella contagiaba de su espíritu rebelde a todos quienes la escuchaban. *“Decía tienen que trabajar como yo, tienen que creer como yo, es posible quitarles las tierras a los patrones y que nosotras las trabajemos”.* Ese estímulo generó la cooperativa encargada de la repartición de las tierras y la consolidación de una de las tantas escuelas comunitarias creadas en la zona: la unidad educativa “Medardo Ángel Silva”, ubicada en el sector de San Ramón, que contó con cuatro profesores indígenas. Los docentes fueron escogidos entre algunos nativos que apenas sabían leer y escribir en español y enseñaban más en su lengua materna el kichwa.

Como relata Julio Nicanor Nepas, las antiguas casas eran de paja que, con el tiempo, fueron reemplazadas con tejas. Luego se descubrieron las aguas termales y, enseguida, se

empezaron a vislumbrar las posibilidades turísticas del lugar: *“¿quién no vendría hasta aquí para comer algo y descansar?, este lugar tiene amplias oportunidades que aún no se han aprovechado”*.

Para el comunero Edgar Escola, la resistencia, que fue el motivo que nos trajo hasta acá, se encuentra en muchos lados. Desde aquel doloroso vacío del idioma, hasta en los rituales para la alimentación. *“Hace mucho tiempo que el idioma de nuestros abuelos sobrevive a medias, muchos comuneros lo entienden, pero no lo hablan. Hace más de 25 años que no recibo una clase de kichwa”*, cosa similar ocurre con una tradición tan importante como es la pambamesa.

Hoy, las montañas que rodean La Chimba tienden al azul. El sol con sus rayos es cómplice de su transformación. Es sábado 26 de noviembre y vamos a hacer un ejercicio de resistencia. Todos trajimos algo para el avío: hemos apoyado esta idea desde nuestras posibilidades y gustos. Aquí están los granos cariñosamente preparados, las frutas relucientes, los cereales tiernos. Vamos a compartir el alimento con alegría por el generoso regalo de la vida y el legado que nos rodea.

“Antes, las familias se levantaban a las tres de la mañana para preparar los alimentos y traer a la pambamesa, ahora muchos se dejan llevar por el facilismo y traen procesados y gaseosas. Aquí la idea es compartir desde el corazón y eso debe hacerse con las propias manos”.

Es hora de permitir que los sagrados alimentos contribuyan a la vida, a la generación de pensamientos, de propósitos.

Pambamesa



Fundación Prospecta. Pambamesa en la comunidad La Chimba, Olmedo, Ecuador, 2022

La energía de la solidaridad refulge en la mirada de todos. Seguro, entre nosotros, están esos abuelos y abuelas venerables, nuestros líderes y lideresas históricos, aquellos que han hecho del nombre de esta comunidad, casi una leyenda en la historia de las luchas sociales en el Ecuador.

*Circulan la chicha, las papas y el tostado.
¡Salud por la Chimba!
¡Salud por la resistencia!*

Cronistas Participantes

Adriana Guatemal: Joven comunera, asistente administrativa de la directiva de la Comunidad La Chimba.

Aldair Conlago: Joven comunero de la Comunidad La Chimba.

Ana María Colimba: Adulta mayor, oriunda de la Comunidad La Chimba, compañera de la lucha social de Tránsito Amaguaña.

Anderson Fernández: Joven comunero de la Comunidad La Chimba.

Carlos Alba: Joven comunero, dirigente de turismo de la Comunidad La Chimba.

Dennise Toapanta: Joven comunera de la Comunidad La Chimba.

Edgar Escola: Joven comunero de la Comunidad La Chimba.

Elizabeth Campus: Reina de la Comunidad La Chimba.

Henry Campues: Joven comunero, dirigente de turismo de la Comunidad La Chimba.

Jessica Andrango: Joven comunera de la Comunidad La Chimba.

Jhoselyn Nepas: Joven comunera de la Comunidad La Chimba.

Julio Nicanor Nepas: Adulto mayor oriundo de la Comunidad La Chimba, líder comunero de la cooperativa encargada de repartir las parcelas a los más de 160 socios de la comunidad Karina Túquerres: Estudiante oriunda de la comunidad La Chimba.

María Rebeca Cacungo: Adulto mayor oriunda de la Comunidad La Chimba, compañera de la lucha social de Tránsito Amaguaña.

Maritza Nepas: Joven comunera, dirigente de turismo de la Comunidad La Chimba.

Melani Cholca: Virreina de la Comunidad La Chimba.

Simón Guatemal: Adulto mayor, oriundo de la comunidad La Chimba.

Referencias

El grupo de cronistas locales, al ser heterogéneo (jóvenes dirigentes de la comunidad, jóvenes relacionados al turismo comunitario, comuneros y adultos mayores que formaron parte de la lucha social de su comunidad) permitió que el contenido y desarrollo de esta crónica sea trabajada en base a los relatos y testimonios logrados en las jornadas de taller de crónicas locales en La Comunidad La Chimba.